

La palabra figurada: cuestiones básicas sobre el filósofo que asesora¹

Rayda Guzmán

1. La Filosofía como Práctica y tradición. 2. El filósofo que asesora. 3. La formación del filósofo asesor. 4. El objetivo de la Práctica Filosófica. 5. Los Límites de la Filosofía y en su Práctica. 6. Las virtudes del filósofo asesor. 7. A modo de conclusión.

1. La Filosofía como Práctica y tradición

La filosofía es una tradición cultural que conviene proteger. La afirmación sólo tiene sentido en una sociedad en la que el conocimiento sólo se aprecia por su valor instrumental, y en la que la fama que ha cosechado la filosofía con sus modos y métodos rigurosos (toda vez que exigen la reflexión y el cuidado en el pensamiento) se percibe hasta en los ámbitos más cotidianos en los que una especie de animadversión resulta palpable.

Una herramienta tan sencilla como el *Theasaurus* del procesador de textos de Windows® se permite sugerir como sinónimo de filosofía lo siguiente: metafísica, moral, psicología, resignación, dogma, serenidad, conformismo entre otros muchos. Esto puede significar muchas cosas: o el significado de la palabra es muy amplio, o sencillamente posee un campo semántico tan difuso que puede ser usado de casi cualquier manera y significar cualquier cosa, es decir, puede ser sustituida por otra disciplina teórica o puede comprenderse como una actitud, tanto da.

Así las cosas, a ninguno sorprende la poca popularidad de esta disciplina y sin embargo sucede que muchas veces la gente la reclama, sobre todo si van en busca de fundamentos últimos. Creo que aquí se tropieza con una buena pista.

Cuando el hombre de la calle dice: “*yo tengo mi filosofía*” nadie espera de él un resumen de sus investigaciones en esta área y menos aún un estudio comparativo entre su pensamiento y el de algún autor reconocido. El vulgo que repite esta frase y le da sentido, sólo quiere dejar en claro que, en efecto, tiene

¹ Texto basado en la Ponencia presentada en el CEP de Sevilla, Mayo 2005 y revisada en Septiembre del 2007.

una manera de pensar más o menos coherente y más o menos estable; quizá, por ello se pueden identificar unas constantes que apuntan a los valores o principios.

Este tipo de experiencia, tomada de ejercicios de observación cotidiana que cualquiera puede realizar, lo único que hacen es reflejar un estado de cosas y una pregunta que apunta a la utilidad y al sentido que la filosofía puede tener hoy en día en una sociedad globalizada (por usar un concepto de Marc Augè²). La respuesta a esta inquietud no puede ser dada desde la filosofía –como parece ser evidente– sino, desde las necesidades que los propios sujetos de esta sociedad muestran.

Por eso me permito examinar un hecho reciente relacionado con la filosofía y su uso social. Hace algunos años se ha producido una recuperación del sentido terapéutico de la filosofía. Quizá ello se haya debido a la caída de los metarrelatos, tal como diagnosticaba Lyotard³. En este caso, se trata del resultado del ejercicio de esa “filosofía de la sospecha” que ha transformado el sentido del humanismo moderno y ha permitido la crítica contemporánea a la idea de hombre. Esa crítica que algunos han entendido como *antihumanismo*, recupera por un lado un sentido totalmente nuevo de ejercicio de la razón y por otro abre la compuerta (de nuevo) a la búsqueda de la felicidad, esta vez no a través de las ideas trascendentales, sino por la vía de nuevas prácticas espirituales⁴.

En este sentido aparece renovada la tradición de la filosofía clásica y por eso no resulta extraño evocar a Sócrates, a los estoicos o a los cínicos, toda vez que los nihilismos propios de la segunda mitad del siglo veinte no pueden dar respuesta a estas cuestiones fundamentales sobre el sentido de la vida. Es como si los filósofos de la sospecha hubieran perdido la partida ante los filósofos clásicos. Pero esta visión no es correcta, pues de ser así la recuperación de la tradición filosófica estaría basada en un anacronismo.

² M. AUGÉ, *Los "No lugares": espacios del anonimato: una antropología de la sobremodernidad*, Barcelona: Gedisa, 1998.

³ J. F. LYOTARD, *La Condición postmoderna: informe sobre el saber*, Madrid: Cátedra, 1998.

⁴ Recordemos el fenómeno del New Age, por ejemplo.

En las últimas dos décadas del siglo veinte ocurre un hecho interesante: la laicización de la sociedad trae como consecuencia la preocupación sobre los valores que sustentan a la sociedad. Esta reflexión se hace primero desde otras 'religiones' no occidentales (con sus prácticas espirituales), pero estas recetas no son del todo satisfactorias, por tanto se hace necesario un análisis más representativo de las condiciones actuales. Como es bien sabido, este tipo de preocupaciones son de índole filosófica y quizá eso puede explicar por qué es a la filosofía a la que le ha tocado el papel de solventar los problemas axiológicos y existenciales.

A raíz de este *boom* de la filosofía como práctica espiritual, el gran público pudo adquirir unas ciertas destrezas para comprender los problemas de índole filosófica. Hoy cualquier lector medianamente inteligente y preocupado puede señalar unos cuantos éxitos editoriales que pueden orientarle en la búsqueda de la 'sabiduría'. Desde Lou Marinoff hasta Mónica Cavallé, pasando por Alain de Botton o Jorge Bucay, todo el mundo cree poder identificar el papel que la filosofía desempeña en sus vidas. Esta es una situación *interesante* para la filosofía, pero depende de la calidad de los materiales a través de los cuales se divulga y de las reflexiones a la que éstos conllevan. Por eso cabe entonces definir de manera muy precisa qué se entiende por *Práctica Filosófica*.

Se puede decir que el término 'práctica filosófica' es un neologismo y no se estaría del todo equivocado. La tradición filosófica reconoce a la filosofía práctica como problema, pero hasta hoy no había reparado en la Práctica Filosófica. Hay quienes pueden argüir que ello se debe al hecho de que la filosofía no ha tenido hasta ahora un "espíritu práctico". Puedo ilustrarlo a través de la conocida anécdota de Arquímedes, quién prefería no hablar de sus trabajos para la defensa de la ciudad, al considerarlos de escaso valor, pues, al fin y al cabo, la ejecución de su proyecto era llevada a cabo por esclavos y les beneficiaba sólo a ellos. Como esta situación no ameritaba ningún tipo de reflexión, entonces carecía de importancia. Y es quizá esta actitud heredada de los antiguos sabios, la que se ha venido reproduciendo hasta hoy como un

síntoma de la ‘mala lectura filosófica’, una lectura descontextualizada que iguala todo pasado con todo presente.

En este sentido resulta verdaderamente clarificadora las reflexiones de Gadamer, quien en varios artículos⁵ discute sobre el sentido actual de la *praxis filosófica* en conexión con la tradición de la filosofía práctica. Yo sólo haré una pequeña referencia. Dice Gadamer:

“Estoy convencido de que la tensión entre teoría y práctica tampoco va a desaparecer en un mundo de regulaciones, planificaciones y burocratización progresiva, de modo que creo que vale la pena reflexionar sobre cómo va buscando la vida sus propias vías entre la regulación y los espacios de libertad que escapan a ella”,⁶

Y también: “¿Están justamente diferenciadas teoría y praxis cuando son vistas por su oposición recíproca?”⁷

Ahora bien, propongo que se entienda por Práctica Filosófica un conjunto de conocimientos y experiencias que orientan un uso de la filosofía en la totalidad de la praxis vital humana. Según la tradición, esta praxis está conducida por una racionalidad práctica a la que se denomina *phrónesis*. La filosofía práctica sirve para orientar el uso de esta racionalidad, es decir la preferencia (*prohairesis*). Sin embargo la Práctica Filosófica se diferencia no porque oriente a la preferencia (decisión), sino porque muestra la manera de adquirir la *techné* propia del filósofo, aquella que sirve para conducir y comprender la praxis vital humana.

Por decirlo de un modo muy sencillo: el papel de la Práctica Filosófica en estos tiempos es el de dotar de sentido a la reflexión, pero a diferencia de la filosofía práctica no llega a las decisiones sobre la praxis desde una tabla de valores,

⁵ Véase H. G. GADAMER, “Sobre el poder de la razón” (en ET, pp. 45-58), “¿Qué es praxis? Las condiciones de la razón social” (en RC, pp. 41-58), “Elogio de la teoría” (en ET, pp. 23-44)., “Del ideal de la filosofía práctica”. (en ET, pp. 59-66), “Problemas de la razón práctica” (en VM II, pp. 309-318), “La idea de filosofía práctica» (GH, pp. 187-196) y “Hermenéutica. Teoría y práctica” (en AH, pp. 13-22) [abreviaturas en la Bibliografía final de este artículo]

⁶ GADAMER H.G., “Hermenéutica. Teoría y Práctica.” En *Acotaciones hermenéuticas*. Madrid: Trotta, 2002. pp.13

⁷ GADAMER H.G. “Elogio de la Teoría” en *Elogio de la Teoría*, Barcelona: Península, 1993, pp.31.

antes bien, obvia este paso para así permitir que la reflexión propia de la filosofía práctica (y las éticas aplicadas) no desaparezcan.

Siguiendo este camino marcado por la hermenéutica filosófica de Gadamer, encuentro que la Práctica Filosófica no se opone a la teoría, como muchos pretenden hacer creer. En este nuevo escenario de la filosofía sobran quienes, en la búsqueda de una manera de transmitir la *techné* propia de la Práctica Filosófica, van obviando el trabajo teórico por creer encontrar en éste una falsa oposición a su labor. El filósofo que se dedique a la práctica, ha de saber muy bien que esta actitud tiene que ver con una situación en la que los valores de las ciencias positivas se han impuesto a las ciencias humanas.

Sin embargo, considero interesante reproducir aquí un razonamiento que me ayudó a recuperar la disciplina filosófica en su sentido práctico sin tener que recurrir a inútiles oposiciones⁸. El término *teoría* conserva en ella los significados de *theásthai* y el *théa* que quieren decir “mirar” y “demorarse en la mirada”, respectivamente. En latín la misma idea aparece en la palabra *contemplación*, estas actitudes no pueden ser mera **teoría**, pues son parte de la vida práctica; la teoría es el modo cómo se pone en práctica el pensamiento. Si el filósofo que se dedica a la práctica es consciente de esto, no se sentirá avergonzado por *teorizar*, pues estará haciendo aquello que conviene a su *praxis*. Y justo en esta aplicación de su saber y de su hacer es donde conviene tener muy en claro que los problemas que se le plantean al filósofo asesor son problemas reales, cotidianos, que necesitan ser elaborados teóricamente – contemplados, mirados detenidamente– a fin de obtener una comprensión más completa.

Quedaría por resolver un detalle, ¿por qué es deseable una comprensión más completa? ¿acaso estoy optando por una visión racionalista de la vida bajo la creencia de que la razón nos procurará la felicidad? Es cierto que una comprensión más completa conducirá a un estadio de mayor dominio de la

⁸ Véase GADAMER H.G., “Hermenéutica. Teoría y Práctica.”, *Acotaciones hermenéuticas*, Madrid: Trotta, 2002. pp.18 y ss.

realidad, dominio que no quiere significar control, pues apunta antes bien a relacionarse e interactuar prudentemente⁹ con el mundo exterior.

2. El Filósofo que asesora

Es propio del método filosófico centrar la atención de un problema a través de la definición previa del objeto de estudio. Para ello la filosofía tradicional trabaja con dos tipos de herramientas: el análisis conceptual y el análisis lingüístico. Siguiendo este procedimiento, me propongo definir lo que es un filósofo que se dedica a la tarea de asesorar. A continuación quisiera explorar los siguientes aspectos básicos:

- ¿Qué provoca que un licenciado en filosofía se plantee la utilización de la filosofía para asesorar?
- ¿En qué se convierte un filósofo que asesora?
- ¿Cuáles aspectos de su formación académica le pueden ayudar en esta tarea?
- ¿Cuál es en definitiva su tarea; asesorar, acompañar, orientar, aconsejar?
- ¿Cuáles son los límites de la práctica filosófica?
- ¿Cuáles son las actitudes mínimas para la práctica?
- ¿Cómo lograr un diálogo filosóficamente válido?
- ¿Cómo ayuda la filosofía?

Todos los filósofos que se quieran convertir en asesores tienen estas preocupaciones en común, y tienen el deber de resolverlas. En tanto “filósofa asesora” quiero compartir estas inquietudes y el modo cómo hasta ahora las he podido formalizar.

Según sea la trayectoria intelectual del licenciado de filosofía que quiera entrar en un tipo de Práctica Filosófica, éste tiene la necesidad de descubrir cuáles son sus puntos de apoyo, es decir, con qué corrientes filosóficas o autores se identifica. Si se da el caso de ser especialista en alguno, debería comenzar por ahí su reflexión. Se me podrá objetar que la especialización es contraproducente, pero en este caso me interesa en tanto punto de partida válido para continuar ese diálogo con la filosofía y con uno mismo y comenzar a definir la propia *personalidad filosófica*, esto es, de llevar la filosofía a la

⁹ He usado el término prudencia por referencia a la sabiduría (*phrónesis*).

práctica: cada uno de nosotros es el primer ámbito de ensayo, de experimento, de acierto y error.

Cuando se ha definido desde qué perspectiva se hará la práctica, es importante asumir otro reto, se trata del *nombre propio*. A cada cual le tocará autodenominarse de la manera que le resulte más cómoda. Se me preguntará porqué es importante ‘llamarse’ de alguna manera, y yo creo que sólo así es posible referirse a lo que se hace y sólo así se puede comprender lo que se quiere ofrecer, su importancia, su necesidad y los modos de su práctica. No conviene olvidar en este momento el valor de la palabra.

No es lo mismo ser un “consejero”, un “orientador”, un “asesor” o un “filósofo”. No es lo mismo usar el nombre de la filosofía como un sustantivo que como un calificativo. Lo primero –que es el caso del *filósofo asesor*– indica una toma de posición vital y supone que se está decidido a usar todo el repertorio que el estudio de nuestra disciplina dispone, conservando los métodos argumentales y haciendo siempre investigación filosófica relacionada con los casos en los que toque intervenir; ya que cada problema ha de generar de inmediato en temas y preguntas filosóficas que se han de resolver con ayuda de la tradición. El reto es hacerlo de tal manera que se pueda ofrecer respuestas coherentes y clarificadoras como las que ya ha ofrecido la tradición filosófica. Esta posición trae como consecuencia una ‘nueva’ lectura de la historia de la filosofía a la luz de los problemas. y es el modo más claro de llevar adelante una actualización del pensamiento filosófico.

Pero si se decide ser un *consejero filosófico* se está optando por una labor de comprensión que antepone “el aconsejar” al “filosofar”. En este sentido considero que se han de manejar muy bien los contenidos de ética aplicada para poder ‘aconsejar’ desde una esfera responsable que mida los valores en juego y las consecuencias para todos los involucrados. Los problemas del consejero comienzan cuando tiene que enfrentarse a cambios existenciales que parecen reñidos con los valores o cuando la persona no ve clara la vinculación entre sus decisiones y las vidas de otros.

En el caso de ser un *orientador filosófico*, se ha de poder discernir si se hace orientación racional – que sería una que depende de la filosofía y otras disciplinas racionales y sus métodos– o si se hace un tipo de orientación vivencial –la cual podría depender de las sicoterapias y sus métodos¹⁰–. Ambas posturas han de poder definir el lugar que ocupa la filosofía, así como reconocer dónde comienzan sus límites con otras disciplinas, para evitar la acusación de intrusismo.

El término más usado en España es el de *asesor filosófico*, quizá porque permite hacer un poco de todo y evita los posicionamientos definitivos. El asesoramiento abarca el campo del consejo, la orientación y la filosofía. Un asesor filosófico es un profesional que puede venir de otras áreas y usar sus conocimientos de filosofía recientemente adquiridos para asesorar (en el caso de que no se sea profesional de ésta área). Asimismo puede utilizar un repertorio ilimitado de herramientas. El riesgo en este caso es que la labor propiamente filosófica queda demasiado condicionada, pues es lógico que sustituya procedimientos de su disciplina por otros menos complejos y más efectivos.

3. La Formación del Filósofo asesor

Sea cual sea el tipo de tarea que se proponga el futuro filósofo asesor es importante destacar dos aspectos, a menudo descuidados, en lo que se refiere a su formación. En primer lugar, la mayoría de las personas que pretenden convertirse en asesores filosóficos mantienen una posición distante con la Academia (o bien provienen del mundo de la enseñanza secundaria o bien carecen de publicaciones científicas o de participación activa en el mundo académico filosófico). Como muestra de ello se pueden ver las introducciones de dos libros bastante populares en el ámbito español: *Más Platón Menos Prozac* y *La Sabiduría Recobrada*, en ambos se aprecia una posición antiacadémica.

¹⁰ Hago estas clasificaciones basada en experiencias propias y en conversaciones que he sostenido con grupos y amigos en ejercicio. En el primer caso podríamos mencionar el ejercicio propuesto por el *Grupo E.T.O.R.* y en el segundo, la práctica de J. Gallardo o S. Forgas.

Quisiera aclarar mi posición al respecto. Pienso que los males de la academia son los mismos que los de el resto de la asociaciones humanas (institutos, asociaciones o escuelas), pero creo que los únicos profesionales que dependen exageradamente de ella –la academia– somos los filósofos, pues la única salida profesional socialmente reconocida es la enseñanza (y si es universitaria mucho mejor), ya que el profesor de filosofía de educación secundaria está perdiendo cada vez más terreno ante los envites de las nuevas tecnocracias educativas, y de momento no se han reconocido socialmente otras salidas profesionales, aunque las haya. De esta manera la Práctica Filosófica aparece como una opción válida y real que requiere de una formación universitaria.

La formación de un filósofo asesor debe partir del conocimiento de su tradición filosófica para alcanzar el reconocimiento de los problemas de su sociedad. Su compromiso con la comunidad es trazar una línea de sentido entre lo que se piensa y lo que se hace; debe poder mostrar el contenido trascendente en las acciones. Dicho esto, considero que la formación del filósofo, en primer lugar, ha de hacerse cargo de sí mismo, pues es el cultivo de sus particulares habilidades el que dará consistencia a su práctica. Tampoco es aconsejable formarse en soledad, ya que un filósofo asesor necesita de su comunidad para nutrirse de otras perspectivas y experiencias, y debería disponer de un repertorio de interlocutores que estén dispuestos a responder sus dudas y preguntas.

En conclusión: la formación de un filósofo asesor debe correr a cargo de la academia a través de másters y postgrados (si no los hubiere, por lo menos debería aspirarse a un mínimo de coherencia entre los contenidos de los diversos cursos de formación que ofertan las diferentes asociaciones); debe ser también el producto de un ejercicio personal de las propias habilidades y debe estar asociado a otros grupos que compartan las mismas inquietudes. Sólo así pueden conformarse unos actores sociales activos y dispuestos a participar en los procesos decisorios y reflexivos de su comunidad.

4. El objetivo de la Práctica Filosófica

Un filósofo asesor, un asesor filosófico, consejero u orientador, es un licenciado en filosofía que no da clases de historia de la filosofía. Su misión también la ha de diseñar él mismo, así como los objetivos de su práctica mientras no haya estudios rigurosos. Cabe señalar que con los nuevos másters en esta área en España, entre ellos el *Master en Práctica Filosófica y Gestión Social* de la Universidad de Barcelona, desarrollados en el ámbito académico tradicional, los objetivos de la práctica quedan mejor definidos¹¹.

El trabajo de exploración que espera al filósofo asesor ha de ser continuado: ha que tener muy claro lo que sus habilidades como pensador pueden ofrecer a los individuos y a su sociedad, de nuevo ha de recorrer qué es lo que diferencia a un profesional de la filosofía de un profesional de otra área. Sus experiencias personales son decisivas, porque a través de éstas puede calibrar lo que en un momento determinado ha sido un aporte en su intercambio con el mundo.

El filósofo asesor dispone de habilidades muy especiales como el pensamiento crítico, la capacidad para ordenar y clasificar *in abstracto* los componentes de una situación, la habilidad para descubrir los falsos razonamientos, y la posibilidad de articular la experiencia; si a esto le añadimos su conocimiento de la historia de la filosofía como historia de la conformación de las subjetividades, de las teorías de los valores como plataformas para descubrir desde dónde vienen tratados los juicios, entonces las competencias del filósofo asesor abarcan el abanico de la experiencia humana desde la perspectiva más integradora.

Con estos conocimientos la filosofía como práctica puede ofrecer otras perspectivas de la realidad que amplíen el horizonte de la comprensión. Pero para ello ha de mostrar sus modos de proceder y plantear cuestiones y las maneras de aproximación realmente eficaces. Sí, los problemas de una comunidad son sus problemas, puedo ofrecer a continuación algunas preguntas *cotidianas* acompañadas de sus reflexiones filosóficas:

¹¹Véase también lo relacionado al título de experto de la Universidad de Sevilla en <http://expertouniversitariofilosofiapractica.blog.com/>

- ¿Cómo enfrentar la muerte de un ser querido? ¿qué es un duelo, qué el dolor?
- ¿Hemos de participar en una guerra, a quién beneficia? ¿qué es la solidaridad, cuál su vigencia?
- ¿Cómo hemos de juzgar a un criminal? ¿cuál es el límite de la tolerancia, qué es lo que identifica a una sociedad civilizada?
- ¿Es posible frenar la violencia doméstica? ¿cuál es la diferencia entre perdón y responsabilidad?

Ahora bien, se ha de considerar lo que significa la Práctica Filosófica como ocupación: es una posibilidad real de ‘ganarse la vida’. Pero hay que saber que, de momento, no existe ninguna institución que requiera entre sus filas a un filósofo asesor. Sin embargo, sí hay una sociedad que precisa de sus servicios: las experiencias de los distintos cafés y talleres filosóficos, así como la captación de clientes cada vez más continuada por parte de los filósofos asesores en ejercicio sirven para comprobar esta tendencia. Pero para ello se ha de tener muy claro cuál es el producto a ofrecer, si hay oferta y demanda y hasta qué punto una persona se siente cómoda como ‘empresario’ de la filosofía.

Aunque parezca una perogrullada, este tipo de situaciones no suelen estar resueltas por la mayoría de los asesores filosóficos, y si esta empresa no resulta halagüeña, la autocrítica apuntará a carencias en su formación y elecciones.

5. Los Límites de la Filosofía y su Práctica

Una de las tentaciones del filósofo asesor es considerar dos extremos en su práctica: o bien la filosofía puede resolver todos los problemas o bien se queda corta por carecer de herramientas prácticas y de entrenamiento en las cuestiones humanas. En más de una ocasión he sido testigo de los siguientes pre-jucios: “La filosofía lo es todo”, “no existe una frontera clara entre la filosofía, la psicología y otro tipo de terapias” o “la filosofía es demasiado teórica para ocuparse de esto. Pero los prejuicios, tal como decía Gadamer, son formas para iniciar la comprensión de la realidad. Por decirlo de un modo esquemático, ellos componen nuestra primera y quizá más válida apreciación

de un problema, por eso hemos de usarlos siempre como referencia. De ese modo, hemos de buscar dónde está lo acertado o lo desacertado de esos prejuicios y si acaso ellos posibilitan una interpretación más profunda y compleja de la realidad. En principio yo negaría los tres con razones que son fundamentales para la práctica.

Primero, la filosofía no lo es todo, aunque tiene pretensiones omniabarcantes, debido a la calidad de sus juicios y procedimientos. La filosofía es una disciplina que se ocupa del pensar y sus objetos, pero también se ocupa – como dice Deleuze– de la invención de conceptos. Eso procura una frontera clara con la psicología y otras terapias, toda vez que se puedan delimitar los objetos de cada cual. Para la psicología y todas las disciplinas terapéuticas es clave la *salud* del alma. En cambio, para la filosofía es básico comprender al *ser que sufre*, un ser cuyo sufrimiento tiene un sentido para su vida que no puede ser obviado, so pena de ignorar el peso de las experiencias para el desarrollo de la autocomprensión. De esta manera, la filosofía evita tratar las crisis como ‘enfermedad’.

En segundo lugar, cabe pensar, no sólo desde el ámbito de lo individual sino también de lo social, donde comienza y acaba la filosofía. Si es conveniente o no mantener unas fronteras o si acaso a ella le toca dar el primer paso en un proceso transdisciplinar. Por ello resultaría interesante para todo filósofo asesor el trabajo conjunto con profesionales de otras áreas, en este sentido ha de poder comunicar cuáles son sus competencias y las ventajas de la formación de equipos, cuáles son los aspectos que su experiencia puede cubrir y cuáles en los que él puede aprender.

En tercer lugar, La razón es un ejercicio teórico a través del cual se ha de recuperar la humildad intelectual, cosa que en nuestros días no resulta fácil, debido a la gran competitividad entre los profesionales de distintas ramas. También cabe que recordar lo desarrollado en el primer punto de este trabajo.

6. Las virtudes del filósofo asesor.

Ha resultado útil para mi propia práctica ‘ubicarme’ desde un discurso filosófico

que me permita reflexionar sobre los ejes básicos de este 'nuevo tipo' de ejercicio profesional. Para mí las claves son la comprensión, el diálogo y el sentido histórico. Tales preocupaciones se traducen en los límites de la interpretación, los elementos del diálogo y el lugar de las vivencias. Para iniciar este recorrido recomiendo especialmente la lectura de Gadamer y un libro suyo en particular: *El Estado Oculto de la Salud*¹².

Gadamer es un autor fácil porque se expresa con claridad y toca problemas propios del hombre del siglo XX, pudo actualizar y hacer accesible el pensamiento de Heidegger y de alguna manera hizo notar la necesidad de volver al 'carácter práctico' de la filosofía denunciando que la escisión entre teoría y práctica era mera herencia positivista, como ya lo expuse.

Una de las consideraciones más interesantes, quizá por sencilla, es la que exalta las virtudes hermenéuticas de la **imparcialidad**, de la **sinceridad consigo mismo** y de la **tolerancia** con los otros. Considero que todo filósofo asesor debería cultivarlas.

La **imparcialidad** ha de ser el ánimo primero con el cual el filósofo asesor enfrenta una situación: éste ha de tener conciencia de sus propios prejuicios, de cuáles son las condiciones que posibilitan los malos entendidos, cuáles las que no favorecen al diálogo, de qué manera es posible la comprensión, cuáles sus límites y sobre todo tener siempre presente el famoso círculo de la comprensión. Esta última estructura es muy necesaria –por ejemplo– para explicar situaciones de doble vínculo, repeticiones de esquemas disfuncionales y escenarios dilemáticos.

La **sinceridad consigo mismo** es necesaria para poder pedirle sinceridad a los demás. No se trata de una del tipo personal que se puede confundir con la confianza, es más bien traducible a coherencia entre lo que se dice y lo que se hace, un filósofo asesor ha de poder expresar siempre sus puntos de vista sin censuras, pero también con medida, teniendo en cuenta que hay otras visiones

¹² H. G. GADAMER, *El estado oculto de la salud*, Barcelona: Gedisa, 1996.

e interpretaciones del mismo hecho y que su misión es procurar un diálogo productivo entre las partes.

La **tolerancia** es una derivación de las anteriores, es reconocimiento de las diferencias, se basa en el respeto por el otro, pero a la vez exige respeto para con la labor de la filosofía, de la tarea del filósofo asesor. Este es un punto que hay que considerar, ya que socialmente se tiende a ver a la filosofía en su capacidad de abstracción como si fuera inexacta o 'difusa', como si no se llegara a ninguna parte con sus teorías y sus análisis.

Así, si cada uno piensa en estas virtudes puede generar un tipo de diálogo productivo con el asesorado, se trate de un individuo o de un colectivo; pues lo que cuenta, como ya se dicho es que a partir de la filosofía se puedan crear ambientes de interacción social e interpersonal.

Si un filósofo asesor puede enseñar estas virtudes, y practicarlas, estará haciendo una labor social importante. Según mis propias experiencias en la Práctica Filosófica cuando una persona aprende a reflexionar filosóficamente, inmediatamente enseña a otros a fin de poder ser comprendida: 'corrige' los errores en su razonamiento y en el de otros, y enseña la importancia de la coherencia axiológica.

7. A modo de conclusión.

Según todo lo expuesto la filosofía como práctica es un oficio que necesita ser atendido a fin de ofrecer a todos aquellos que se vinculen con ella un corpus epistemológico representativo que no desvirtúe lo que tradicionalmente ha sido la filosofía. No basta, como dije, con hacer referencia a las grandes escuelas clásicas, se trata antes bien de recuperar la experiencia filosófica original de la gente normal y corriente que necesita nuevas y funcionales explicaciones mundanas. Cuando alguna persona me pide 'cuentas' en relación a mi práctica, el único gesto de sinceridad de que soy capaz es de recordarle que así como existe un Juramento Hipocrático, también existe un Juramento Socrático que sigue tan vigente hoy como entonces:

“Yo atenienses, os aprecio y os quiero, pero voy a obedecer al dios más que a vosotros, y mientras aliente y sea capaz, es seguro que no dejaré de filosofar, de exhortaros y de hacer manifestaciones al que de vosotros vaya encontrando, diciéndole lo que acostumbro: ‘Mi buen amigo, siendo ateniense, de la ciudad más grande y prestigiada en sabiduría y poder, ¿no te avergüenzas de preocuparte de cómo tendrás las mayores riquezas y la mayor fama y los mayores honores, y, en cambio no te preocupas ni interesas por la inteligencia, la verdad y por cómo tu alma va a ser lo mejor posible?’ Y si alguno de vosotros discute y dice que se preocupa, no pienso dejarlo al momento y marcharme, sino que lo voy a interrogar, a examinar y a refutar, y, si me parece que no ha adquirido la virtud y dice que sí, le reprocharé y diré que tiene en menos lo digno de más y tiene en mucho lo que vale poco. Haré esto con el que me encuentre, joven o viejo, forastero o ciudadano, (...) En efecto voy por todas partes sin hacer otra cosa que intentar persuadirlos, a jóvenes y viejos, a no ocuparos ni de cuerpos ni de los bienes antes que del alma, ni con tanto afán, a fin de que ésta sea lo mejor posible, diciéndoos: “No sale de las riquezas la virtud para los hombres, sino de la virtud, las riquezas y todos los otros bienes, tanto los privados como los públicos”.¹³

Bibliografía

AUGÉ M., *Los "No lugares": espacios del anonimato: una antropología de la sobremodernidad*, Barcelona: Gedisa, 1998.

CAVALLÉ M., *La Sabiduría Recobrada* Madrid: Oberón, 2002.

GADAMER H.G., *La razón en la época de la ciencia*, Barc.: Alfa, 1981. [RC]

Elogio de la teoría, Barcelona: Península, 1993. [ET]

Verdad y Método I, Salamanca: Sígueme, 1992. [VM, II]

El estado oculto de la salud, Barcelona: Gedisa, 1996. [ES]

Estética y hermenéutica, Madrid: Tecnos, 1996. [EH]

El giro hermenéutico, Madrid: Cátedra, 1998 [GH]

Acotaciones hermenéuticas, Salamanca: Sígueme, 2002 [AH]

LYOTARD, J.F., *La Condición postmoderna*, Madrid : Cátedra, 1998.

MARINOFF L., *Más Platón menos Prozac*, Barcelona: Sinequanon, 2000.

MICHALKO M., *Thinkertoys*, Barcelona: Gestión, 2000.

PLATON *Obras Completas*. Madrid: Aguilar, 1974

¹³ Platón. *Apología de Sócrates*, 29 d,e –30 a,b.